

# El final de

**A** finales de enero de 1946, un escritor español anónimo hizo un relato de la resistencia al franquismo en sus primeros años; y del desfonde de las esperanzas cuando, terminada la guerra mundial, las democracias vencedoras sostuvieron ese régimen. El relato fue publicado por primera vez en la revista de París "LES TEMPS MODERNES", 1950. Fue una conmoción. Poco después fue editado en libro por Julliard, de París; Sartre puso como prólogo unas conmovidas líneas. La firma es un seudónimo: "JUAN HERMANOS". Nunca se ha sabido la verdadera identidad del autor.

## Prefacio



Jean Paul Sartre

**U**NA noche, durante la ocupación, estaba reunido con unos amigos en la habitación de un hotel. De pronto, una voz desconocida pidió ayuda en la calle. El sonido de la voz era tal que, sin ponernos de acuerdo, bajamos corriendo. Hallamos la calle desierta, recorrimos la manzana de casas y no encontramos a nadie. Volvimos a nuestro trabajo pero, durante toda la noche, aquella voz no dejó de gritar en nuestros oídos. Una voz sin rostro, sin nombre, que gritaba para todos. En aquel tiempo de miedo, todos esperábamos una ayuda lejana, un socorro que tardaba. Y cada uno se preguntaba si lo que había oído no sería su propia voz. Es esta misma voz la que me ha parecido reconocer cuando leí por vez primera *El final de la esperanza*. Es la que, desde Madrid, lanzó esta llamada a finales de enero de 1946. Entonces decía: "Casi es demasiado tarde". Y la llamada nos llega en 1950. Cuando la

## Juan Hermanos

LA O. N. U.

Ana era una bonita muchacha de diecinueve años cuando la conocí en uno de los barrios más miserables de Madrid. Uno no puede hacerse una idea de lo que son esos barrios. La gente vive allí enterrada en agujeros con un pedazo de tela tendido por encima para protegerse del sol o de la lluvia. Se dedican a la explotación de los desperdicios de la ciudad. El dinero es allí casi desconocido. Se fuman colillas, se visten trapos cosidos o simplemente atados por las esquinas. Los niños menores de

diez años van totalmente desnudos durante el verano. En general, uno de los miembros de la familia trabaja para todos. O roba lo que puede y lo vende a precios inverosímiles, sin relación con el valor real, a los propietarios de tiendas sospechosas. O bien realiza chapuzas aquí y allá. Con unas doce pesetas diarias de garbanzos viven a menudo siete u ocho personas. La promiscuidad es allí pavorosa. En el agujero común duermen los chicuelos junto a la pareja que hace el amor. Y todo en medio de la suciedad más nauseabunda. Estos

barrios no son continuos como el cinturón de París o de Londres, sino que se agrupan por colonias, separadas entre ellas por grandes distancias, en un radio de dos a tres kilómetros desde la última casa. Descubrimos allí espectáculos más horribles, como, por ejemplo, una criatura de pecho medio roída viva por los gusanos, por haber guardado, aplicada sobre la piel y durante una semana, la misma paloma muerta que debía protegerle de quién sabe qué enfermedad.

Para nosotros, no se trataba de ejercer allí una acción política cualquiera, sino de realizar, pura y simplemente, el papel de enfermeros o de asistentes sociales. Nos dedicamos a la

# la esperanza

publicamos en *Les Temps Modernes*, recibimos cartas. Nos preguntaban: "¿Quién es Hermanos? ¿Dónde se encuentra?". Yo respondía: "No sé". Ofrecían dinero, ayuda. Yo respondía: "Es demasiado tarde".

Cuando comencéis la lectura de este libro, os parecerá que se habla de vosotros mismos. Las personas, las detenciones secretas, la lucha clandestina, la distribución de panfletos, el miedo, la escucha ansiosa de la radio inglesa. Nosotros conocimos todo eso. El autor ha escogido muy bien su seudónimo; esos españoles son nuestros hermanos. Esperaban apasionadamente nuestra liberación porque nuestra liberación era también la suya. Luego, llegó la liberación; y no era su liberación. Lo que nosotros vivimos en la alegría ellos lo vivieron en la angustia, la decepción y el estupor. Volviendo una página, nuestros recuerdos se transforman en remordimientos. Hemos entre-

gado a nuestros hermanos. La voz cambia, se convierte en *la voz de otro*, de un hombre al que hemos asesinado. Ella vive todavía, vibra por primera vez en nuestros oídos, y él, según todas las apariencias, está muerto. Muerto en la desesperación. ¿Podéis comprender lo que estas palabras significan? No se trata solamente de morir, sino de morir de vergüenza, en el odio, en el horror, lamentando haber nacido. Es el Mal radical, y no imaginéis que ninguna victoria podrá jamás destruirlo. Del mismo modo que entregamos a España, podríamos buscar a Hermanos y a sus compañeros desde Barcelona hasta Málaga. Han desaparecido. España está vacía de ellos como desierta estaba la calle nocturna. No hay nada que hacer, mucho menos que borrar, mucho menos que modificar, en las últimas palabras del libro: «Esto es lo que han hecho de todos nosotros todos los puercos reunidos, las democracias y los camisas azu-

les». Son las postreras palabras de un moribundo, y no podemos cambiar una sola letra. *Es demasiado tarde*.

Era, sin embargo, necesario que escucháseis este grito de vuestra víctima. Este grito que precede en un segundo al degüello final: el grito del fin de la esperanza. Esta voz no ha sido asesinada desde hace veinte años. Era la de los judíos alemanes, luego la de los austriacos, la de los españoles, la de los checos, la de los polacos. Murieron unos tras otros y, cuando caían, otros venían a relevarles y gritaban a su vez. Nosotros nos tapábamos los oídos. Ahora, el libro está aquí. Los últimos que gritaban están muertos. Quedan palabras impresas. Es preciso que las leáis para aprender cómo se grita el final de la esperanza, porque pronto nos llegará nuestro turno. Después, no habrá nadie para gritar. Ni nadie para taparse los oídos.

JEAN PAUL SARTRE

tarea enseguida, pero sin grandes resultados. Aquellas personas nos preguntaban siempre qué interés perseguíamos y qué queríamos de ellas. Darles medicamentos para que renunciasen a sus repugnantes remedios medievales; enseñar a leer y escribir a los niños; tratar de inculcarles algunas reglas de higiene; procurar persuadirles para que aceptasen algún trabajo remunerado, todo les parecía tan extraordinariamente absurdo que se burlaban de nosotros con una torpe ironía que debíamos aparentar ignorar. Aquello acabó un día en que, sin saber por qué, una banda de energúmenos nos lapidó a pedradas. Hubiera sido necesario, para remediar

aquel estado de cosas, un serio apoyo de las autoridades y una ofensiva general, una escuela oficial obligatoria, ayudas sistemáticas, enfermeras e, incluso llegando a lo mejor, la edificación de barracones para tratar de devolver a aquella gente el sentido de la vida. Y no es sólo alrededor de las ciudades donde se ve ésto. Consejo a los turistas abrir bien los ojos a lo largo de de las carreteras o de las líneas de ferrocarril. En toda España existen estas colonias de trogloditas. Pero si no atrae su atención, los visitantes no comprenden lo que significa una chiquillería desnuda alrededor de una caverna. He hablado con muchos extranjeros. Les he mostrado muchas

cosas y han quedado estupefactos por no haber visto antes nada semejante. Es preciso saber abrir los ojos y comprender que, si el gobierno no hace nada (después de la enérgica campaña de los republicanos para dar una solución a este problema), es porque en ello encuentra interés. Estas masas embrutecidas constituirían una grave amenaza para el fascismo si se les proporciona conciencia de miseria.

Conocí a Ana cuando formaba parte de un grupo de jóvenes católicos que, de buena fe, venían a tirar por tierra nuestro trabajo. Se trataba para ellos de explotar el lado supersticioso de aquellas pobres gentes para que se convirtieran en





El avance de los ejércitos de Franco empuja, desde las primeras semanas del año 1939, a millares de españoles hacia la frontera francesa. Más de medio millón de fugitivos cruzarían la línea hasta el momento de la finalización de la lucha. En la imagen, soldados franceses vigilan los campos de concentración donde se hacían los huidos.

deklararían solidarios de la revolución a fin de poder volver sus armas contra sus camaradas y apelar enseguida al papel que habrían jugado. Si estas precisiones no se realizaban, es decir, si el gobierno no se dejaba intimidar o si los Aliados no apoyaban su ultimátum con una acción directa, estábamos maduros para el pelotón de ejecución.

Las noticias nos llegarían a medianoche. Teníamos toda la noche libre. Los detalles más mínimos estaban preparados con antelación. No había más que esperar. Era preciso, sobre todo, calmar los nervios antes del gran día.

A las ocho de la tarde, volví para cenar. No tenía hambre. A las nueve, estaba de nuevo en la calle. Nadie salía esa noche. Después de la sesión de cine que terminaba a las nueve, la gente volvía precipitadamente a casa. Vi vaciarse las calles. Me quedaban al menos dos horas hasta la cita con Miguel. La *Gran Vía*, arteria principal de Madrid, estaba desierta. La iluminación, muy disminuída a causa de las restricciones de electricidad, hacía más pun-

zante la tristeza. Abandoné la avenida para introducirme en las calles adyacentes. Se evidenciaba que la ciudad estaba ocupada militarmente. Por todas partes, coches de policía vacíos, emboscados en los rincones oscuros; los hombres debían estar emboscados en los patios. Ví dos autos detenerse ante Correos y dos secciones de la Gestapo que entraban en el edificio. Un minuto más tarde, los autos habían desaparecido y la calle había quedado nuevamente desierta.

La plaza que está ante Correos constituía un privilegiado campo de tiro, y controlaba cuatro importantes arterias. El asunto era muy serio. No ví nada más por el momento. Cada embajada estaba guardada por una sección completa, al menos la embajada de Francia, que estaba muy cercana de allí, y a donde corrí enseguida. Evidentemente, existía el temor de que los dirigentes hubiesen de refugiarse allí al conocer las decisiones de los gobiernos y actuar en consecuencia.

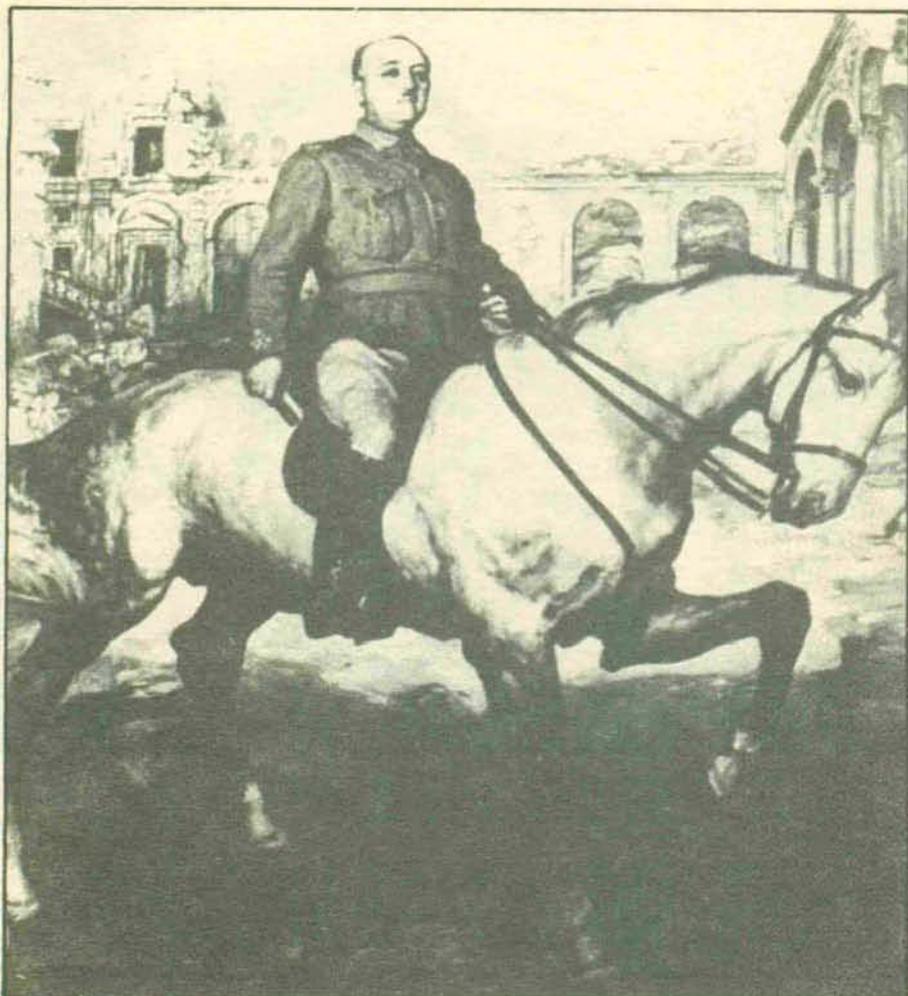
Mientras erraba por la ciudad, comenzaban a cerrar las

puertas de las casas. Mientras, se producía un extraño fenómeno. En casi todos los porches aparecieron luciérnagas, y recordé que en el regimiento nos enseñaban a camuflar las hebillas de los cinturones porque en la noche brillan y son visibles a muchas decenas de metros. En el paseo que se llama La Castellana, donde me parecía estar sólo, avanzaba entre una doble fila de hebillas de cinturones. Al lado de un árbol, ví un resplandor, no amarillo sino azulado. Se me cortó la respiración: era el cañón de un fusil ametrallador.

Se habían tomado todas las precauciones.

Encontré a una camarada que deambulaba por allí, inspeccionando a su vez la calle. Por extraño que pueda parecer, la gente de la Gestapo la dejaba pasar sin lanzarle todo su repertorio de groserías, como tenía por costumbre.

Mi camarada pasó cerca de mí y me hizo una mueca poco alegre. La embajada de Inglaterra, la Casa Americana, la embajada de los Estados Unidos, estaban completamente rodeadas por la policía. Miguel,



Visión triunfalista del vencedor en la guerra civil. Por espacio de treinta y seis años, el general Franco será el máximo centro de referencia de la vida de España.

la O. N. U. enviaba un requerimiento directo a España, apoyándolo por una amenaza de acción directa.

Hacia bastante tiempo que habíamos comenzado a recibir armas y a procurar para el gobierno republicano el reconocimiento con el mismo título con que lo habían sido los gobiernos de todos los países ocupados por los fascistas. Pero al menos, si íbamos a jugarlos el todo por el todo, sin armas, en un esfuerzo desesperado, era necesario que existiera al menos alguna posibilidad de éxito.

Miguel pensaba que con algunos revólveres podíamos abatir por sorpresa a algunos policías y, en la confusión, apoderarnos de sus armas. Cada uno tenía un fusil y un revólver. Por cada enemigo abatido, armábamos a dos hombres. Siempre contando con la sorpresa y la rapidez que nos proporcionaba un plan bien madurado, podíamos llegar a tener ciertas posibilidades. A partir de ahí, ya nada era previsible. Seríamos rechazados y eliminados en muy poco tiempo, si el gobierno se ocupaba en ello, antes de que el país se diese cuenta de lo que pasaba. Si, por el contrario, el desorden reinase, a la noche siguiente tendríamos a toda la ciudad con nosotros. Miguel calculaba que en el curso de la tarde, habría las primeras barricadas.

No se nos ocultaba que teníamos una posibilidad sobre diez de triunfar, pero hubiera sido criminal no intentarlo. Si la O. N. U. se limitaba a emitir una declaración de principio, sin intimación... pero nosotros no queríamos creer en esa hipótesis.

La radio daba las noticias en inglés. Sólomente Miguel y yo las entendíamos. Tomábamos cada uno un papel y un lápiz. Los demás jadeaban.

Las noticias se sucedían. No se hablaba de España. Los otros se impacientaban. Miguel, con la mano, les indicaba que se callasen. Miraba su

que encontraba evidente placer en hacer tonterías, recorría tranquilamente la calzada bajo la suspicaz mirada de los agentes. Estos seguían con mucho interés los movimientos del cigarrillo de Miguel. Mi amigo me detuvo al pasar y se puso a charlar acerca del tiempo. Luego me ofreció un cigarrillo y fue conmigo a preguntar ingenuamente aun policía por qué se habían tomado esa noche tantas precauciones. Demasiado desconcertado para reprendernos, el hombre nos respondió que se trataba de medidas de protección. Tras esta vaga fórmula, Miguel se deshizo en agradecimientos. El policía más cercano tenía la mano sobre su revólver y se acercó para ordenar que circulásemos. Miguel me arrastró: «Ya está bien, dice, estos chulos están tan nerviosos que no son capaces de apuntar antes de

tirar un sólo disparo. Soltarán el cargador de su revólver al azar y, si lo piensan, utilizarán su fusil como porra en un cuerpo a cuerpo. Pero se desmoralizarán antes.»

Le comuniqué mis temores acerca de la ocupación de los puntos estratégicos por la Falange. Esto, a su modo de ver, era más grave. Por nerviosos que sean, los hombres apostados tras las ventanas se sienten más seguros que los tunantes expuestos en la calle a servir de blanco bajo los porches de las casas.

A las once estábamos en casa de Miguel.

Una vez reunidos todos, hubo una hora de discusión. José quería ejecutar el plan previsto, pasase lo que pasase. Pedro, por vez primera, dudaba. Jorge, Miguel y yo estábamos de acuerdo al pensar que el juego sólo valía la pena si

papel. Yo le miraba a él. Pensaba: «Si hubiera pasado cualquier cosa, lo hubieran dicho. Quieren sofocar el asunto.»

Miguel elevó los ojos y me miró.

Pensábamos lo mismo.

Los nervios aflojados.

Habíamos perdido. Estaba terminado.

Rápido los lápices. Escribir, escribir... Los embajadores... proposals of... Estaba terminado.

Me levanté. Creo que estaba muy pálido.

Me senté con el rostro descompuesto. Debía estar lívido. Miguel se incorporó lentamente. Me miró. Miró a los demás. Habían adivinado. Y Miguel dijo con una voz gutural que dificultosamente emitía: «Estamos fastidiados muchachos.»

Entonces hubo un estallido.

—¿Qué han dicho?

—Maldita sea, pero ¿qué han dicho?

—No existe todavía una decisión. Se examina una propuesta de llamada de los embajadores,

Pedro es testarudo. Pregunta aún:

—¿Rompen las relaciones diplomáticas y comerciales? ¿O las diplomáticas sólomente?

—Ni unas ni otras. Es sólo un gesto.

—Pero no pueden dejarnos reventar.

—Van a dejarnos reventar.

—Los cobardes, los cobardes.

Consejo de guerra. Campaña de panfletos. Esperar más. José protestó. «Vayamos enseguida, que nos revienten de una vez por todas.» Pedro ha perdido los estribos. Está de acuerdo.

Tratamos de calmarles. La revolución es, ante todo, una cuestión de sangre fría. Nosotros teníamos el espíritu, pero no se puede hacer matar a gente por nada. Es preciso esperar y ver venir las cosas. Comenzar una violenta campaña de panfletos y esperar. Eran las siete de la mañana cuando nos separamos.

El teléfono debía estar vigi-



El dibujante gallego Castelao reproduce en su obra las escenas de la represión. Extendida con el final de la guerra a todo el país, la dictadura militar había puesto en práctica el terrorismo institucionalizado ya a partir de 1936 en las zonas que sucesivamente iban siendo ocupadas por sus fuerzas.

lado. No había medio de alertar a la gente. Hubiera podido hacerse por medio de una consigna en caso de acción. Porque luego, de todas formas, estábamos al descubierto. Era necesario ser de nuevo prudentes.

Por la mañana, la consigna pasó. Era el toque de ánimas de nuestra esperanza.

Algunos quedaron casi aliviados. Curiosa reacción. ¿Por qué estaban con nosotros?, se preguntarán ustedes. No se sabe. Los años de espera les habían corroído. Noté que se sentían aliviados y, no obstante, esta noche se hubieran batido como leones. Pero en esta noche habían agotado su reserva de valor.

Las democracias han hecho algo peor que dejarnos caer. Nos han colgado con armas y

pertrechos. Han hecho desaparecer la moral para siempre. Miguel tenía razón: «Estamos fastidiados.»

Creo que en los días siguientes ni miré los periódicos. Pasábamos una inimaginable crisis de depresión. Todos se aflojaban. Los Aliados se tiraban simbólicamente sus embajadores. No hubo ni armas ni apoyo. Los Aliados continuaban enviando hierro, lana, algodón. A cambio de irrisorias concesiones, suficientes para la supervivencia del fascismo, se compraban las conciencias de las Naciones con toneladas de aceite, con toneladas de naranjas. Pero esto, fue más tarde.

La versión oficial afirmaba que toda España protestaba en nombre de su independencia contra la intervención de la

O. N. U., mientras que en realidad no queríamos otra cosa. Para reforzar esa tesis, fue organizada una solemne manifestación. Fue precedida de preparativos destinados a confundir a la gente de dentro y fuera del país. Se trataba, de España, de hacer creer al pueblo que la discusión de nuestra situación ante las Naciones Unidas era un ultraje al honor nacional, y que si los españoles «querían un régimen u otro, eran suficientemente mayores para escogerlo». Estas tonterías electrizaron no sólo a la minoría franquista, sino que hicieron estragos entre los temerosos no encuadrados aún y que, desconociendo las circunstancias accesorias de una eventual sublevación, se declararon dispuestos a participar en ella, pero sólo para demostrar al extranjero que no éramos niños y no necesitábamos nodriza. Esta hábil propaganda, que no alcanzaba en nuestras filas más que a los simples, tenía un segundo rostro más allá de las fronteras. En el fondo, no era una manifestación de amor propio, sino de adhesión al régimen. Para apo-

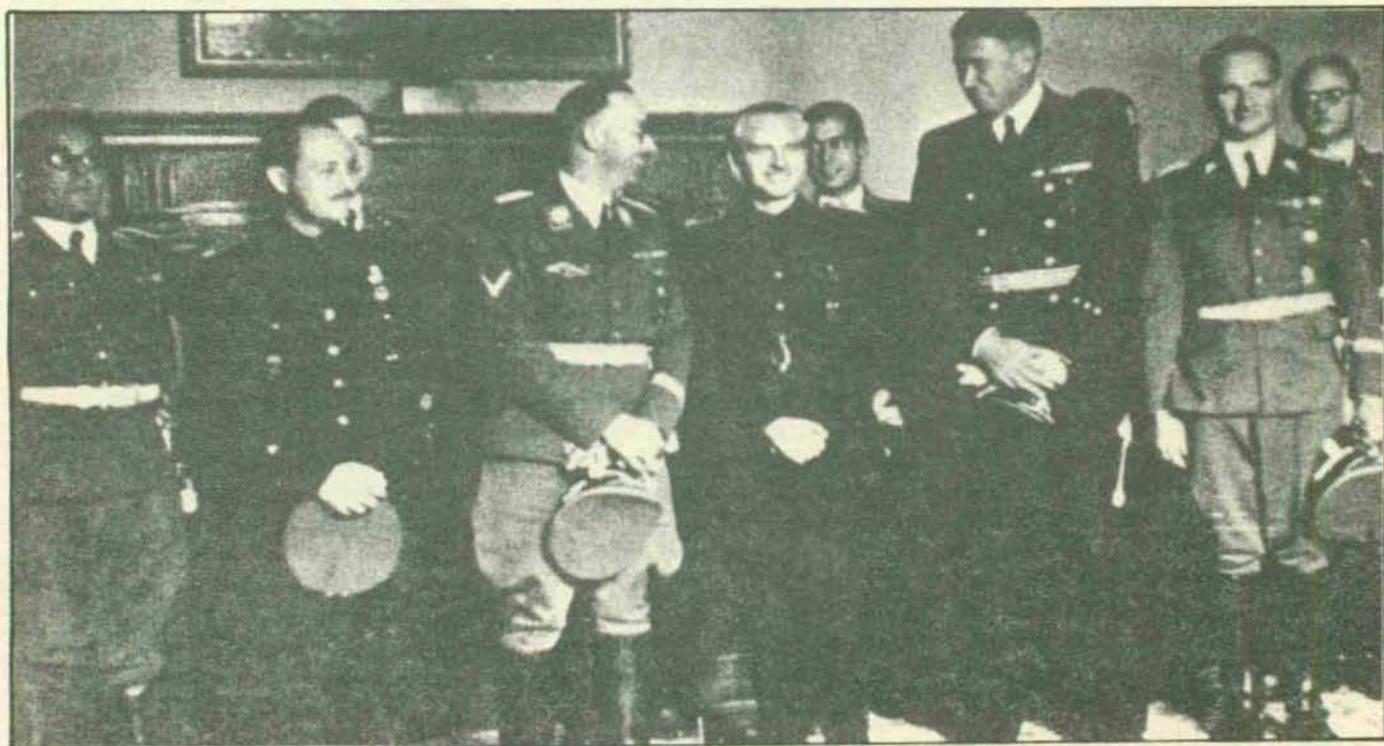
yarla, comenzaron a hacerse visitas a domicilio. Os pregunto me digais quién hubiera podido negarse, en un país donde, para encontrar un empleo, es necesario obtener de la comisaría de policía un certificado de lealtad, simple formalidad que por otra parte no se niega más que a quienes están señalados por propósitos o actos hostiles al régimen informados por los espías. Hubo sin embargo, abstenciones en la lista. Eran las gentes que no pensaban viajar y no quería pasaporte, que tenían un empleo seguro y no pensaban cambiarlo, que tenían un pasado que respondía por ellas si ahora se hubieran vuelto antifranquistas. En fin, también gentes que habían tocado el fondo de la desesperación y a las que no les importaba ya nada. Todos los demás firmaron bajo la amenaza de perder el trabajo o los pasaportes, y de encontrarse entre cuatro muros o en la cámara de tortura un buen día, sin más razones.

El carácter, no franquista, sino de vanidad nacional, fue explotado enérgicamente por la propaganda. Una lluvia de panfletos y de carteles proclamaba

que no éramos una colonia, que no queríamos ser protegidos.

¡Dios mío! Estábamos ocupados y todavía había personas que se dejaban prender con esos gestos.

El día de la manifestación, las órdenes eran estrictas. Cada uno debía acudir a su trabajo. A las diez, el delegado falangista de cada tienda, de cada taller, de cada oficina, debía llevar al personal a la plaza de Colón desde donde se desfilaría hasta el Palacio Real. Allí, Franco tomaría la palabra. A pesar de las dificultades que presentaba la evasión en tales circunstancias, hubo delegados (antiguos falangistas que no estaban de acuerdo con el partido oficial, pero continuaban pagando su cotización) que no dijeron nada. Hubo también muchos enfermos aquella mañana. En fin, todos los que pudieron, sin hacerse notar demasiado, escaparon por las calles adyacentes. El fastidio es que, en una multitud tal, no se ve a nadie y se ve a todo el mundo. No se sabe nunca si, a dos metros, hay un falangista conocido que por azar te va a ver largándote. El temor dete-



Visita a Madrid del jefe supremo de la SS alemanas, Heinrich Himmler. En la fotografía aparece acompañado por Ramon Serrano Suner, ministro de Asuntos Exteriores, y por el conde de Mayalde, director general de Seguridad. La importación de las técnicas represivas del Tercer Reich serviría muy eficazmente al régimen de Franco para conseguir el aplastamiento de cualquier actitud opositora.

nía a la mayor parte de la gente. Conozco a cientos de personas que han dicho que, una vez embarcadas hacia allá, tuvieron miedo de irse. Otras, que eran libres de ir o no a casusa de su profesión, fueron a ver lo que pasaba, pero ocultándose lo más posible ante el temor de ser vistas. Por otra parte, después de haber sabido que toda esperanza estaba perdida, no odiábamos más a los que cambiaban de chaqueta que a los que lo abandonaban todo. No teníamos la fuerza suficiente para odiarlos.

La plaza del Palacio Real se llenó como un vaso de agua. Hasta los bordes. ¿Cuánta gente habría allá? ¿150.000? ¿200.000?. Sobre una ciudad de un millón de habitantes a la que se había querido arrastrar por la fuerza, la abstención, oficialmente reconocida, de las tres cuartas partes, podía pasar por un éxito. Aquel día pudimos decir que todas las personas válidas que no estaban decididamente en contra del régimen, habían salido a la calle. Ante todo, por vanidad nacional, luego, porque se

forzó a todo el mundo, finalmente, por aburrimiento, por inercia, y en último lugar, por convicción. Todos los que, costase lo que costase, no querían derribar a Franco, se manifestaron. Digo bien: todos los que no querían derribarle definitivamente. Es decir, en la manifestación se contaba a tímidos, miedosos, personas fáciles de manejar o los que, por una u otra razón estaban en contra del régimen. A estos no los cuento con nosotros. Haced también la cuenta de los soldados que fueron enviados a manifestarse bajo orden. Hay también, en último lugar, un tercio de la población como máximo sobre el que no se puede calcular, sean cuales sean sus convicciones. Quedan dos tercios que han demostrado en ese día, en pleno desastre, que no cederán.

Ahora, decidirlos a actuar, es otra cosa.

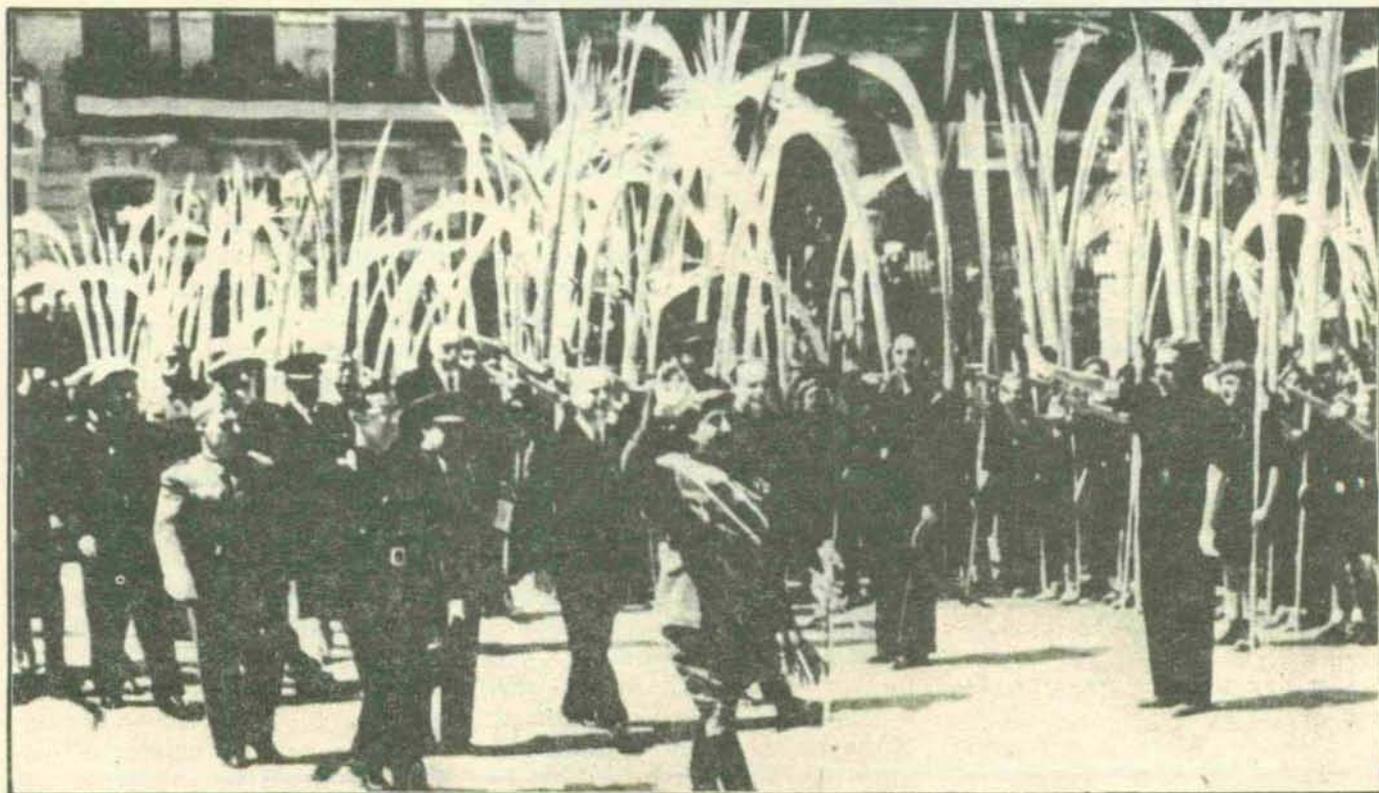
De la misma manera que Franco no pudo disponer más que de una ínfima fracción de este tercio de la población, nosotros habíamos perdido, bajo los golpes repetidos y de cara a

las tradiciones más abyectas de nuestros aliados, el espíritu combativo que nos lanzó a la batalla durante tantos años y que condujo a tantos de nosotros a la prisión y a la muerte.

La manifestación contra la O. N. U. nos reveló la debilidad de Franco. No nuestra fuerza. A pesar de los gritos de victoria de la prensa y de la radio, a pesar del espectáculo en los noticiarios cinematográficos de una impresionante masa de 200.000 personas, sabíamos bien que está masa es todo lo que tiene, e incluso mucho más que lo que tiene con él en Madrid.

El resto está con nosotros. Pero en lo sucesivo están muertos. Ya no hablan. Ya no hacen proyectos. No se oye más que una palabra por todas partes: emigrar, emigrar, irse a donde sea.

Pero la xenofobia de ciertos círculos influyentes franceses es bien conocida. El porcentaje de emigración de españoles a los Estados Unidos está cubierto por siete años. Inglaterra es quien primero nos ha dejado caer. ¿A dónde ir? ¿Dónde pue-



Con el régimen personificado en el general Franco tomaría forma lo que ya Miguel de Unamuno había previsto como combinación de mentalidades de cuartel y sacristía. Arriba, el Caudillo es aclamado ante la iglesia de Santa Bárbara, en Madrid, poco antes de ser consagrado por las más altas jerarquías de la iglesia española como dirigente supremo de la Nación. Es el 20 de mayo de 1939



Durante más de veinte años, algunas zonas del territorio español conocen la lucha de la guerrilla. Perseguidos como delincuentes, los miembros del maquis caerán uno tras otro en los enfrentamientos con las fuerzas oficiales. Reproducción de un cartel difundido por el partido comunista durante aquellos años.

den ir esos millones de *desesperados* dispuestos a todo, salvo a ceder, y que pagan con su sangre desde hace diez años su amor por la libertad?

Y vosotros, vosotros nos respondéis presentando balances comerciales, intereses capitalistas y el plan Marshall.

## EL FIN DE MIGUEL

¿Os han llegado estas líneas escritas de prisa?

La suerte de este manuscrito comienza a interesarme a medida que va engrosando. ¿Qué será de mí y de todos no-

sotros cuando lo leáis? Es casi curioso que haga esta pregunta. Por mi parte, la lucha esta acabada. Entendámonos, la lucha a la que habéis asistido. Todo ha sido destruido. La red inmóvilizada no ha recobrado su anterior vida. Cada uno ha marchado por su lado. Algunos, como José, se han afiliado a partidos. Otros, muy pocos, como Pedro, han optado por el maquis. La mayoría, como yo, ha quedado disponible. No hemos roto con el pasado —estas líneas son la prueba de ello— pero estamos fuera del alboroto, en las tribunas de la plaza. Que otros jueguen con el toro. Yo quedo como un telé-

fono al que se hubiera cortado la corriente. Unos minutos antes, era un instrumento vivo. Vibraba. Hablaba. Ahora si descolgáis y no escucháis ni el clic ni el ronroneo familiar. Es de esta forma desde que Miguel marchó.

Miguel es el único personaje vivo de esta historia. El siempre encontraba tiempo de vivir, de amar. Daba valor a todo el mundo. Su amor por María Rosa era la única cosa bonita que iluminó aquellos años.

Miguel decía: «Me sentí joven el día en que comprendí que no soportaba el peso de una civilización de 1947 años, sino solamente de treinta años. Con esta idea en la mente, a los veintisiete años siento que acabo de nacer.»

Si no hablé antes de María Rosa es porque no quería escribir una historia de amor. Espero que la hayáis sentido por encima de nosotros como un ángel tutelar, pequeña hada de la Revolución, adorable muchachita lanzada al mundo de emociones mientras que no era más que una niña. Había descubierto al mismo tiempo el amor y la batalla. Estuvo a nuestro lado sin desfallecer, hasta el final, calmando nuestras inquietudes, transmitiéndonos mágicamente su confianza con su encanto. Siempre perfecta, incluso cuando me decía: «Sabes, tengo aspecto de valiente, pero tengo miedo. Si supieras qué miedo tengo, no solamente miedo de la muerte, la muerte creo que podría aceptarla sin traicionarme. Pero escucha, tengo tanto miedo de las torturas.»

Esta es la razón por la que el mundo se hundió para mí cuando un día vinieron a verme, ella y él, muy serios, muy graves. Comprendí de pronto que los perdía, que ya los había perdido.

Me explicaron con algunas palabras.

María Rosa esperaba un niño. Parecía inverosímil y un poco milagroso que esta muchachita fuera a crear vida.

Nunca había parecido más pura, más casta. Encontraba esto extraño, o sería que estaba emocionado, o quizá decepcionado.

Esto les había preocupado mucho durante este tiempo. Un niño era la esperanza, era el porvenir. No podían abandonar la partida, no podían a causa de él. Y, sin embargo, todos sabíamos que ya no había nada que hacer. Estábamos traicionados por todas partes. Por dentro, la Gestapo, el miedo, la indiferencia. Por fuera, el abandono, el egoísmo. Estábamos bien arreglados. Entonces, comprendí que no había más que una solución: marchar a la montaña en Francia, pasar a Portugal, al norte de Africa, no importa donde, pero marchar antes de que fuese demasiado tarde. Ellos sabían esto y habían venido para decírmelo.

Y luego, todos callamos.

Miguel, por última vez, me hizo un esquema de la situación.

—Su propaganda ha obtenido una gran victoria; no han convencido, pero han llegado a disgustar a la gente. Todo lo que decían estaba tan lejos de la realidad que la gente se irritaba más por la maniobra misma que por el propio fin. Según la versión oficial, los demócratas eran basureros, países en donde la misma acción se agotaba contra los muros constituidos por el parlamento y las garantías legales. Y, en efecto, cuando la gente vió el problema español sometido a esos retrasos y a interminables discusiones por esas mismas democracias, ha comenzado a doblegarse. Unos se han dejado llevar por la resignación; otros no han comprendido que ciertas ideas políticas tratan de enmascarar la presencia de intereses y que, para las *democracias*, es la realización de estos intereses lo que importa. Al mismo tiempo, es necesario no confundir las palabras con los hechos, ni las promesas con las realidades.

Han embrutecido a los espa-

ñoles. Hay demasiados esbirros, demasiados garrotazos. Miedo de la policía y de sus torturas. Miedo de la Iglesia y de su infierno. Todo este innoble chantaje religioso dirigido por gente sin escrúpulos que construyen iglesias en España y mezquitas en Marruecos con el único deseo de desarrollar no importa que fanatismo y oscurantismo religiosos. Y son los puercos quienes son designados por la jerarquía como apóstoles, porque en la península protegen a los curas y hacen condenar los libros hostiles al clero, pues éstos, ayudando a pensar, perjudican tanto al régimen como a la Iglesia.

Entonces Miguel me dijo:

—Deberías escribir todo esto. Yo me encargo de hacer lo posible por publicarlo. Donde esté, en Francia, en América o en los países escandinavos, hasta donde llegue, envíame el relato de todos estos años. Es preciso que el mundo sepa. Lo publicarás con seudónimo. Llegará un día en que la verdad se manifieste.

Comprendí entonces que no todo estaba terminado. Que podía y que debía continuar la lucha. Una lucha diferente. Ante esta realidad, el desaliento desapareció. Miguel me ofrecía la posibilidad de lanzarme de nuevo a la batalla y, ¿qué significaban ahora el peligro, el miedo y la indiferencia? Arriesgar nuevamente, nuevamente ocultar papeles, escribir a escondidas, tocar el bolsillo o palpar la doblez cada diez minutos para comprobar si está todo en orden. Siento de nuevo en mí este feliz sentimiento del hombre que comprende la razón de su lucha, que deja en libertad su espíritu y no teme las amenazas, pues participa de nuevo en la lucha común. Por esto comencé a escribir.

En el medio en que vivo, hay bastante gente joven, estudiantes universitarios que me escuchan porque ya he terminado mis estudios y soy mayor que ellos. Me hablan mucho de sus ideas, de sus proyectos. Les



En la España de la postguerra se produce una estrecha amalgama de miseria general y corrupción de una minoría, tácticamente tolerada y fomentada desde el poder. Reproducción de la portada de una cartilla de racionamiento, emitida ya en 1952, trece años después de terminada la guerra.

guío. Les hago sitio. Les hablo de Miguel. Son jóvenes, generosos. Muchos de ellos poseen un verdadero entusiasmo, pero les faltan muchas cosas. Educados en un mundo fascista, existe en ellos cierto miedo que no son capaces de eliminar. Los mejores apenas sienten el gusto del sacrificio. Para ellos, la revolución es un juego un poco morboso. Tienen miedo de no estar a la altura, y continuamente me hablan de sus dudas: ¿No supone asumir una gran responsabilidad? ¿Y luego, que pasará? Esta generación está fastidiada.

Tenían diez años al final de la guerra civil. Tienen diez años de fascismo sobre las espaldas. ¿Qué queréis que hagamos? ¿Cómo se va a poder contar con estos pobres chiquillos? En general, hablan mucho y actúan poco. Sus crisis de descorazonamiento les incapacitan para emprender algo definitivo. El sentimiento de impotencia, debido a nuestro aislamiento, les domina. A cada señal de peligro, lo descomponen todo. En lugar de adoptar medidas de prudencia y de aminorar la marcha en caso de riesgo, actúan a tontas y a locas y siempre están comenzando de

nuevo. Por supuesto, muchos de ellos son detenidos. Se les aplican diez años de prisión; no son peligrosos. Lo que no evita que diez años sea algo duro. La prensa juega un papel esencial en este embrutecimiento de los jóvenes. Hábilmente, deja entrever que las democracias están lanzadas a una serie de vanos movimientos revolucionarios. Huelgas en Francia; huelgas en América; huelgas en todas partes, salvo en España,

evidentemente, donde todo se organiza amigablemente gracias a la benevolencia del Caudillo y de las Cortes, es decir, bajo el signo de un amor paterno. «El Caudillo ha sido enviado por Dios para salvar a España» (sic). Si la gente no estuviese impregnada de filosofía occidental y cristiana, Franco sería considerado como un verdadero Mikado.

Y en efecto, en lugar de huelgas y de movimientos obreros, en España tenemos un orden perfecto. Siempre según la prensa, los obreros están muy contentos de las leyes que el Caudillo y las Cortes tienen la amabilidad de promulgar para ellos. El ministro de Trabajo da el ejemplo más perfecto; la legislación obrera ya ocupa toda una biblioteca. Llueven los reglamentos particulares a quienes cuecen los ladrillos, a quienes los transportan, y quienes los colocan.

Simplemente, es lamentable que los salarios fijados por estos reglamentos sean tan bajos. Es necesario recurrir a suplementos para poder llevar una vida cara. La clase obrera no alcanza a poder comer con estos salarios y o bien debe trabajar sin descanso, o dedicarse al mercado negro. Y, a pesar de todo, la prensa financiera del país, exulta: el montante de las cuentas corrientes en banco alcanza cifras record. Los beneficios de las empresas de crédito aumentan. Las reservas de las sociedades no cesan de crecer. El hecho salta a la vista: la riqueza está tan desigualmente repartida que es escandaloso. Una ínfima minoría detenta toda la riqueza del país. La razón esencial del marasmo económico español es la ausencia, en el mercado, de un poder de compra más extendido. La mayoría de la gente gana lo justo para vivir y no puede llevar una vida libre del temor ante el futuro.

Los jóvenes viven con el recuerdo de las experiencias que han conocido. España ha atravesado un periodo histórico

de diez años en una atmósfera de guerra, sea la guerra civil o la larga represión con sus cientos de millares de hombres fusilados o muertos de hambre en la cárcel. La represión fue terrible: la tortura con aceite de ricino, los malos tratos, el aspecto medieval. Las continuas persecuciones han sido durante largo tiempo la única política interior del régimen. Los falangistas, los policías, los jóvenes partidarios del régimen, los prohitlerianos, todos ellos se transformaron en espías. En la calle, en los cafés, en los trenes, en resumen, en todas, estaba igualmente prohibido leer el *Times* o el *Figaro*. (Por absurdo que pueda parecer, el tono político del periódico importaba menos que el idioma en que estaba escrito). Si se veía a alguien leyendo alguno de estos periódicos, se le linchaba. El miedo había creado un sexto sentido entre nosotros. Desconfiábamos de todas las personas desconocidas, incluso de quienes se decían de izquierda. Los esbirros del régimen no bromaban.

Y día a día, en la prensa, en los bancos de la Universidad, las ideas democráticas eran deformadas, ridiculizadas. Se jugaba con las palabras: Libertad igual a libertinaje. La libertad, en España, es la voluntad de Franco, encargado por Dios y por el Destino de asumir la voluntad de su pueblo, mientras que el deseo de los obreros de ver realizado su deseo no es más que puro libertinaje. Esta es la razón por la que se organizó la comedia del sindicalismo falangista. Los representantes son nombrados por el gobierno a fin de que los obreros no se desvien y no confundan la libertad con el desorden. La corrupción organizada, la riqueza desigualmente distribuida, el abandono de las democracias, el miedo acumulado durante años hacen de nosotros personas desconfiadas, llenas todavía de deseos de lucha, pero sin un sólo amigo que nos sostenga, sin una luz



Expresiva imagen de la penetración forzada de la ideología y los símbolos oficiales en todos los niveles de la sociedad española. El temor, el retraimiento y una cierta acomodación progresiva a una realidad que no puede ser cambiada, serán los sentimientos dominantes durante la mayor parte del transcurso de la dictadura.

que nos guíe. La fe sobrevive en nosotros, en nuestra noche interior, dispuesta a resurgir, pero nada ayuda a impulsarla.

El interés del pueblo es abiertamente contrario al del gobierno. Cuando más pierde el país, más gana el enemigo. Todo el mundo lo sabe. Aquí nadie tiene ningún poder, y todos lo aceptan así, incluso los jóvenes camaradas. Los revolucionarios de hoy llegan a preguntarse si existe alguna otra solución más que la renuncia. Esto es lo grave. Y ya hemos llegado a ello.

He recibido noticias de Miguel. Incluso allá, la vida es dura con él. Pero su hijo nacerá en un suelo libre en donde se puede luchar abiertamente. Ya es mucho. Todos se van. Después de Miguel, todos los viejos luchadores, cientos de jóvenes luchadores, cientos de jóvenes y hombres pasan la frontera. Pertenecen a toda clase de organizaciones: comunistas, socialistas, chicos de la F. U. E. No saben bien a donde van. Algunos incluso ya han aprendido aquí el ruso, el checo, el sueco, ¡qué sé yo! Pase lo que pase, esperar pedir la hospitalidad de cualquier país. Yo, por el momento, me quedo; tengo todavía cosas que hacer. Miguel acabó bien. Terminado el partido, abandonó el estadio. Y vuelve a comenzar allá. Existen personas que no tienen suerte; mi papel es el de rezagarme aquí hasta que me cojan, soplando sobre cenizas, desesperando de todo. El impulso debe venir de los que están fuera. Yo, aquí, debo facilitarles las cosas para que comiencen de nuevo.

Mientras escribía, volvió. Emilio me telefoneó:

—Ven enseguida, va a haber jaleo.

—¿Dónde estás?

—Ante la Facultad de Medicina.

—¿Qué pasa?

—Vamos a pedir la cabeza de los culpables, detenidos por el asunto del pan.

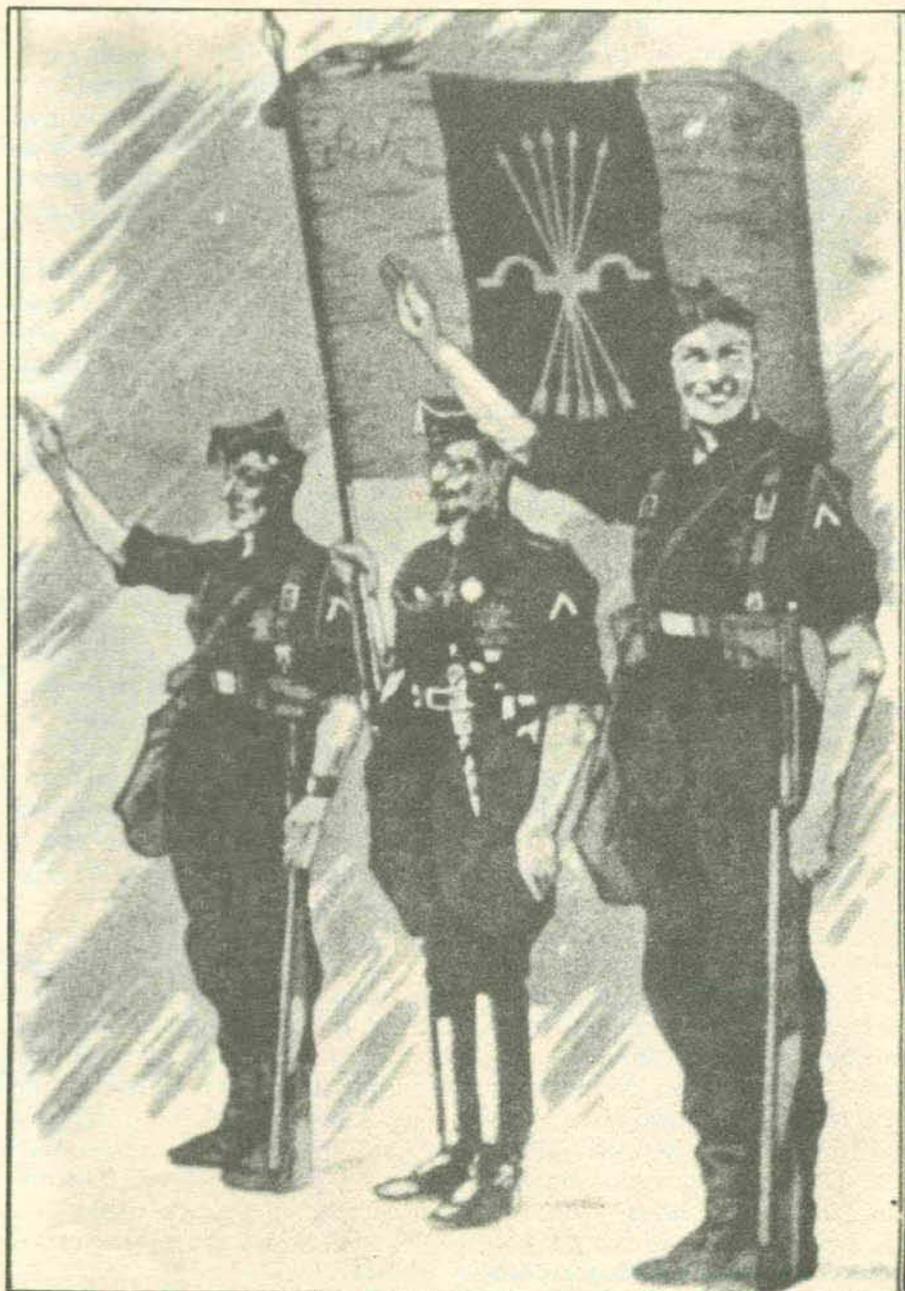
—No habría que pedir la

cabeza de los culpables detenidos, sino la de los culpables que no van a ser detenidos.

—Bueno, así no se hace nada. Ven enseguida.

Cuelga. Mientras saltaba a un tranvía, reflexionaba un momento acerca del asunto. Por vez primera, la corrupción se manifestaba con un buen escándalo. El trigo argentino con destino a España había sido vendido durante un año, incluso antes de ser desembarcado, a consumidores extranjeros, proporcionando un buen beneficio. Aquí, la falta de pan se dejaba sentir desde hacía

tiempo. El gobierno se había envanecido mucho con ese tratado de comercio con Argentina, que nos permitía colmar nuestro déficit de grano. Y ahora los mismos jefes de los servicios de reparto hacen su pequeño mercado negro y desnutren al pueblo. 200 millones de pesetas, afirma el rumor público. El gobierno argentino ha dejado hacer. Y luego se ha indignado, porque este tratado le ha costado caro y no admite que otros manejos le sustraigan el beneficio al que había renunciado. En esta ocasión, no ha habido manera de evitar el



Durante las primeras etapas del régimen, la presencia del falangismo oficial ofreció la nota externa determinante. A cambio de su aportación ideológica y formal, la Falange —aparte de casos excepcionales— obtendrá una beneficiosa situación en el nuevo orden.

escándalo. Los argentinos ya habían difundido el asunto. Había una única solución: aumentar todavía más las proporciones del escándalo, para poder volver a controlarlo. El gobierno detuvo a dieciocho panaderos y grandes molineros, entre ellos al jefe del sindicato. Era necesario abrir el fuego y sacrificar algunos amigos para salvar a otros. Entonces, se desarrolló una magnífica comedia: el gobierno condenó a los culpables a restituir 30 de los 200 millones robados, y enseguida organizó una manifestación de carácter falangista para pedir sus cabezas. Algo muy fuerte. Así, oficialmente, somos un pueblo libre y el gobierno, respetuoso con la voluntad del pueblo que exige que se haga justicia. Mañana, en los periódicos, veremos bajo grandes titulares: "Cediendo al deseo de la nación..."

Únicamente, que no contaban con el pueblo. Se habían preparado muy bien las fuerzas que debían ser dirigidas por la multitud, y las pancartas decían: "¡Muerte a los prevaricadores!". Pero tomo el mundo se dió cuenta del embuste. Cuando llegué a la Facultad de Medicina, Emilio me esperaba. Le pregunté:

—¿Ha prendido ésto?

—¡Qué te piensas! Todo el mundo sabe que sólo es una broma.

En efecto, los estudiantes salían a la calle y, entre risas y empujones, obedecían a las consignas del S. E. U. (la falange universitaria), pero les obedecían tan bien que, muriéndose de risa, imitaban a los indios por los senderos de la guerra. Gritaban cadenciosamente: «Sangre, sangre, sangre». Esto no era lo previsto por las autoridades. (Los estudiantes) habían tenido que ir allí, pues los delegados habían entrado en las clases, y dado a los profesores la orden de suspender la explicación y de llevarse a todos. Pero nuestra revancha transformaba en car-

naval el 14 de julio. Dije a Emilio:

—Habría que transformar esto en una verdadera manifestación.

No creo que fuese difícil.

—¿Tú crees? ¿No ves que estos pequeños sólo tienen ganas de divertirse?

—Mientras, las fotografías de los diarios no hablan, y los noticiarios cinematográficos muestran sólo lo que quieren. Tendrán sus fotografías de gente amotinada y todo.

—¡Bah! dice filosóficamente, en el momento en que estamos... Ven, vamos a seguirles. El ministro de Trabajo va a hablar.

—¿Pero no está ya claro que ésto es una farsa frustrada?

—Seguro. Para estimular a la gente, los delegados lo han contado todo. Y así, mucha gente va por curiosidad a oír lo que Girón va a decir.

Fuí con ellos. Girón habló. Pero enseguida no se oía más que lo que la gente cantaba con la música de esta canción infantil, conocida en todos los países del mundo:

*Dónde está la harina, matarile ríle ríle*

*Dónde está la harina...*

Siguiendo religiosamente el plan previsto, los periódicos publicaron fotografías edificantes, subrayando que el ministro había calmado a los manifestantes, prometiendo que se haría justicia.

Yo ví los efectos en provincias, en donde no se sabría la verdad. El papá conservador diciendo a su hijo revolucionario:

—Ves, tú que hablas siempre de las democracias. Cuando hay una manifestación por algo justo, no se encierra a nadie en la cárcel, y el gobierno cede más fácilmente que en Francia o en Inglaterra. Únicamente son intolerables las manifestaciones, sin pies ni cabeza, de forajidos que sólo saben robar.

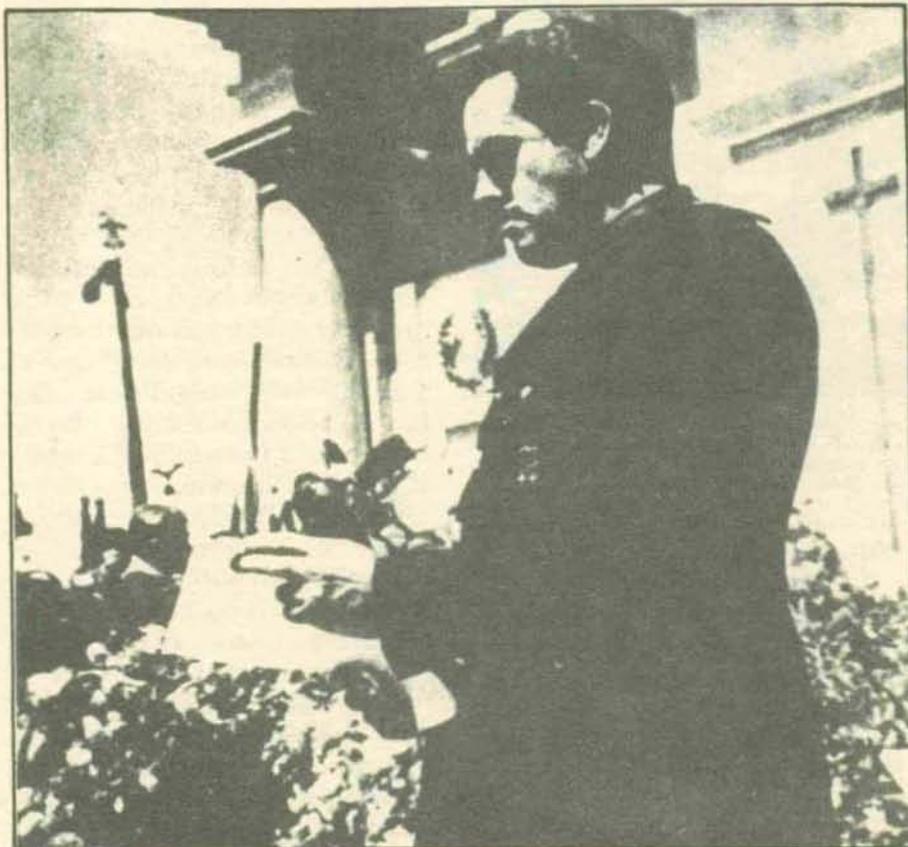
Y si el hijo trata de protestar, le dirá:

—Mira los periódicos, desgraciado, ¿pueden ser fotos tru-

cadadas? ¿Han pintado a estas fuerzas?

Un bonito juego de manos. Bien entendido, los que van a pagar los platos rotos son culpables y merecen ser colgados; lo que no impide que los peces grandes hayan escapado a la redada, y que no se les pesque tan rápidamente. Un golpe maestro. Se han salvado y figuran como héroes justicieros. La prensa no cesa de hablar de ellos. Pero el asunto estaba tan manipulado que, a pesar de discursos y promesas, los culpables no recibieron más castigo que la multa.

Luego se pregunta uno para que pueden servir estos ejemplos. Todo el mundo sabe que durante la carestía de materias grasas, la policía descubrió por error un tren entero cargado de bidones de aceite, que estaba registrado como transporte de madera o qué sé yo. Tomados los datos, era un general quien enviaba aceite a los traficantes. El asunto fue ocultado, pero poco tiempo, pues los inspectores, muy orgullosos de su olfato, se envanecían de su éxito. Para cualquiera del gobierno todo está permitido. Para los otros, incluso su misma honestidad al denunciar los abusos es considerada como un crimen. La denuncia se convirtió en moneda corriente. Como entre dos fracciones no se perdona nada, los que pueden eliminar a un enemigo lo hacen. Personas muy honradas, simplemente un poco cómodas, no dudan en enviar informes sobre sus amigos si creen lo que imaginan. ¿Por qué luchar entonces? Estamos solos. Estamos desesperadamente solos. Después del *Anschluss*, después de Munich, en 1939 las democracias nos abandonaron. No quisieron empezar otra guerra. Eso es comprensible, pero, entonces, ¿por qué tanta hipocresía? Falta energía, falta buena fe, falta perseverancia, falta sinceridad. Aquí, el Gobierno lo sabe y lo aprovecha. Hay un buen juego. Tuvo el descaro de



Durante dieciseis años, el falangista José Antonio Giron de Velasco, como ministro de Trabajo, dirige una demagógica política de atracción de las clases populares.

declarar oficialmente que no había más de 2.000 prisioneros políticos en sus mazmorras. Esto, hace dos años. Luego liberaron (libertad provisional que aquí se llama libertad condicional) a cerca de 100 prisioneros cada semana para hacer sitio. A este ritmo, en cinco meses, las cárceles estarían hoy vacías; y sin embargo, siempre rebosan prisioneros. Los famosos calabozos subterráneos de la Seguridad están llenos de desgraciados que son golpeados y martirizados hasta que confiesan cualquier cosa. Los policías de la gestapo falangista se jactan de sus métodos. Las pequeñas vendedoras de tabaco al por menor (tráfico ilícito) escapan cuando los policías parecen ligeramente excitados. En épocas normales, pasan a su lado sin verlas, ya que todo el país hace mercado negro oficialmente. Pero ellas han aprendido a reconocer de lejos si están de bueno o malo humor. **No es raro** asistir en los barrios bajos a cazas de mujeres. Chiquillas, jóvenes, ancianas

corren enloquecidamente ante los hombres de gris. Cogen a la primera que cae bajo su mano y la arrastran. En algunos casos, son chiquillas de diecisiete años que gritan, lloran, piden socorro. Muerden los puños que las aprietan. Mañana, estarán de nuevo en su puesto con sus cigarrillos al por menor a cinco céntimos, con las facciones tensas, pálidas, los dientes apretados, tratando de ganarse la vida al precio de una eventual nueva violencia. Y nadie se mueve. Yo he asistido a cazas de este tipo. Nunca he tenido miedo, pero ellos tienen revólveres y no dudan en utilizarlos. ¿Hacerse matar tontamente, sin resultados, para salvar a una muchacha que ya ha sido cogida el mes anterior, y que puede ser que mañana lo sea de nuevo? Sí, lo que aquí domina es la indiferencia. Bastante tenemos todos con juzgar a los Don Quijote, destrozándonos unos tras otros contra esta fuerza ciega, absurda y malsana que nos rompe irremediablemente, hagamos lo que hagamos, en

medio de la indiferencia de las naciones que se dicen civilizadas y a las que no importamos. Estas mismas naciones se indignaban ante los métodos de la propaganda alemana. ¿No serán propaganda sus películas sentimentales en donde la muerte del héroe, una actriz rubio platino solloza porque es feliz al sacrificar a su amado a la justicia y al mundo futuro? Pero, maldita sea, ¿es que os negáis definitivamente a ver claro, o es que sois una banda de cerdos o de mentirosos? ¿Es que realmente estáis decididos a dejarnos reventar?

La cólera nos sube a la garganta. No se puede mentir así. Es imposible, al final.

Estamos muy fatigados. Ya es demasiado. Ya casi es demasiado tarde. Y aquí, ¿quién prosigue todavía la lucha? Este manuscrito es mi último intento. Con él, me despido de la vida activa y de la esperanza. Hasta el final, he hecho todo lo que he podido. Si me cogen esto en el bolsillo, si lo pierdo, o se llega a conocer el autor, estaré perdido. Realmente, ya no puedo hacer más.

En el curso de estas páginas, habéis asistido a acontecimientos que hubiésteis creído imposibles en un país de sangre caliente como España: el ascenso de la indiferencia y el aprendizaje del miedo. Diez años, pensad en eso: toda la duración de los estudios. Tres años de escuela primaria, seis años de estudios secundarios, y un año más para el preuniversitario. Somos los bachilleres del miedo. Ahora, nuestra sombra y nuestra voz nos espantan. Permitimos que pobres mujeres sean perseguidas en la calle, y nos marchamos lo más rápidamente posible para no oír sus gritos. Lo cuento porque me da vergüenza.

El miedo planea sobre el país. El es quien obliga cada día al abandono de las organizaciones clandestinas por parte de nuevos miembros. Pero no solamente el miedo, sino también la indiferencia. Los mejo-



La doliente España de la postguerra. Millares de españoles sufrieron cautiverio o perdieron la vida a manos de un régimen que precisaba de la más dura represión para su consolidación en el poder. En la fotografía, formación de prisioneros en el patio de uno de los muchos centros carcelarios que se extendieron sobre nuestro suelo.

res únicamente quieren una cosa: emigrar. Los demás, incluso son indiferentes a ésto. Les resulta suficiente que se les permita vivir tranquilos y ganar miserablemente su pan. Este país ya sufrió una terrible pérdida, cuando todas las personas de valor salieron de España en 1939 ante la victoria fascista. Hoy, perdidas todas las esperanzas, las personas de valor de la nueva generación, los que llegaron a hombres entre 1939 y 1948, piensan en emigrar. Muchos marcharon por la montaña y ya deben estar en Francia, a menos que, desde allí, no hayan continuado viaje a otros continentes, fuera de Europa. Otros, intentan marchar por todos los medios. Son bastantes, y se comprende. Nadie puede lanzarles la primera piedra, ya que han hecho todo lo que han podido contra este miedo gigante. Abandonados por todos, estamos completamente desarmados.

Y ahora, para terminar, voy a contar lo que pasó este mes en la Universidad.

Un joven vino a verme a casa.

Un chico de diecinueve años, Eduardo, que sólo piensa en la acción directa y trata de agrupar a sus compañeros para reconstruir focos de resistencia en la Universidad. Viene a consultarme porque supongo que soy para él un viejo cargado de experiencia. Como es muy escrupuloso, me preguntó:

—¿Crees que si nos pusiésemos en huelga para hacer anu-

lar algo que hubiésemos aceptado antes, sería legal?

Eduardo me divierte por su seriedad. Ante un asesino que le amenazase, trataría de consultar el código penal para saber si el caso corresponde adecuadamente a la legítima defensa. Para ver a donde quería ir a parar, le respondí:

—Si habéis aceptado una obligación, no es legal romperla por la fuerza.

—Sí, pero verás de qué se trata. Hace cinco años, se declaró obligatoria la asistencia a los cursos, así como un examen de fin de estudios que comprendía todas las materias estudiadas en el curso de los años precedentes. Y ahora, queremos ponernos en huelga para anular ésto.

—Eduardito, una vez se ha aceptado una obligación al inscribirse en la Universidad, no es legal ponerse hoy en huelga en contra de ella. (Eduardo se ensombreció). Pero como no existen diputados ni control, y la nación no tiene ningún poder para refutar una ley, la única solución es responder con una negativa apoyada en una huelga a un decreto impuesto por medio de los fusiles. Eduardo marchó radiante, y yo esperé los acontecimientos.

El viernes a mediodía, mi joven amigo llegó triunfante:

—Ya está, es la huelga —y me contó de un tirón.— Esta mañana, al llegar a la facultad, empezamos a decir que no era preciso ir a clase, y a difundir lo que me dijiste el otro día. Y ha-

dado un magnífico resultado. Nadie ha entrado en los anfiteatros y hemos telefoneado a los profesores para advertírseles. Y durante toda la mañana, hemos estado gritando en los pasillos.

«Lo mejor es que la gente del S. E. U., que siempre trata de calmar los ánimos, ni siquiera vino. Luego salió el decano para preguntarnos que queríamos. Roberto, un chico que ni siquiera está afiliado, se adelantó y le habló. Estuvo magnífico. Había mil muchachos tras él, y esto le hacía intocable. Dijo que la huelga era el único modo de acción. Cuando el delegado del S. E. U. protestó, Roberto le hizo callar: «¿Qué representa hoy el S. E. U.? ¿Qué estudiante, afiliado a la fuerza, te ha confiado un mandato?» Todos estuvieron de acuerdo. Como tú sabes, para inscribirse en la Universidad, es necesario inscribirse en el S. E. U. Entonces, los responsables del S. E. U. se retiraron y Roberto dijo que el S. E. U., en lugar de representar a los estudiantes, se había convertido en una oficina de funcionarios del gobierno. Fue aclamado, y el decano prometió hacer lo posible para satisfacer nuestras peticiones. Luego, bajamos a la calle y continuamos gritando. Dos grupos de Falange se dispersaron sin combatir, al no saber que les enviaban contra nosotros. Fue necesario llamar a las fuerzas de orden público. Mientras, nosotros detuvimos a los coches oficiales, rompimos los cristales y llamamos «ladrones y traficantes» a sus ocupantes. Hace años que, en público, me retengo; pero qué no les habré dicho esta mañana. Luego, llegó la gestapo. Hubo un alboroto y nos dispersamos al grito de «¡Viva la huelga!» ¿Qué me dices?

—Digo sólo una cosa. Esta mañana habéis tenido éxito por la sorpresa. Mañana, sábado, durará todavía la impresión. Luego, volverá el miedo. Ya empieza, con seguridad. Muchos piensan: «Con tal que no me hayan visto esta

mañana...» Después vendrá el domingo. Cada uno irá a divertirse. Y se recogerá en la indiferencia y en la pasividad descorazonadora. Me molesta decepcionarte, Eduardo, pero el lunes entrarán todos como ovejas. El país está agotado. Un esfuerzo de tres días, una crisis de rabia enfermiza, es lo único de lo que es capaz.

—Eres pesimista, porque no les has visto esta mañana. Estaban desencadenados. Cuando Roberto habló del S. E. U., todos estaban con él.

—Escucha, pequeño. Aquí, sustituyo a Miguel y debo hablarte como Miguel lo hubiera hecho. No confíes. Continúa trabajando para prolongar la huelga, y continúa trabajando igualmente cuando la huelga se haya frustrado.

—Si lo que dices es cierto, ¿para que continuar?

—¡Y yo que sé! ¿Por qué continúo yo? Nada más que para efectuar el relevo. Hemos tenido diez años, y no vamos a abandonar la brecha.

—Al tiempo, dice Eduardo. Esta historia de hoy puede hacer mucho ruido. Puede ser decisiva. Es la primera vez que un grupo de estudiantes presenta cara a la Falange.

No le respondí. Para qué. Pero tengo confianza en estos jóvenes educados entre el miedo. No aguantarían el golpe. Podemos esperar su desfallecimiento un día u otro. Un fracaso algo grande, o una desilusión, y será necesario volver a empezar con ellos. Y nosotros, nosotros estamos tan cansados.

Ni relevo, ni municiones, ni esperanza, ni apoyo.

Ni juventud, ni amor, ni ilusiones.

Así es como estamos.

El martes por la noche, Eduardo llegó abatido, taciturno. Tuve que arrancarle las palabras, ya que no quería hablar.

—¿Qué pasó?

—Todos han vuelto a entrar.

—¿Y la huelga?

—Ya no hay huelga.

—¿Habéis conseguido lo que queríais?

—Nada.

—¿Y ahora?

—Ahora, nada.

Hubo un silencio. Eduardo miraba hacia afuera. Luego, tras unos minutos, me dijo:

—Lo abandono todo.

De nuevo, un largo silencio, y luego:

—No hay esperanza, Miguel bien lo decía. Sin ayuda exterior, nada podemos... Y en el fondo, ¿qué les importa? ¿Qué puede importarles que aquí reventemos? Inglaterra ha dejado reventar a millones de hindús durante durante siglos, y nosotros probablemente no somos más desgraciados que algunos negros en los Estados Unidos. Entonces, si han permitido ésto en su propia casa, ¿cómo quieres que les importen veinticinco millones de españoles!

No contesté nada. También estaba cansado. Eduardo prosiguió rabioso:

—Roberto, el que organizó la huelga, ni siquiera es de izquierda. Es monárquico. El viernes, tenía a toda a toda la Universidad con él. Cuando habló, todos le aplaudieron, y hoy todavía tiene a la gente tras sí. Las personas no cambian así como así de un día para otro. Esta mañana, diez falangistas de uniforme vinieron a la Universidad. Lo agarraron ante todos y lo golpearon en un pasillo. Lo dejaron medio muerto delante de todos, y nadie ha respirado. Nadie. Yo tampoco. Por eso me voy. Soy un cobarde, somos unos cobardes. No hay esperanza. Estamos fastidiados. Esto es lo que han hecho de nosotros después de diez años de dictadura, con sus discursos y su policía, sus promesas y sus ocultaciones. Esto es lo que han hecho con el pueblo más valiente de la tierra, el más fanático, el más entusiasta. Esto es lo que han hecho con nuestros héroes, con nuestros guerrilleros, con todos los que han arriesgado la piel durante diez años. Esto es lo que han



Desde el balcón del palacio de Oriente, el Caudillo saluda a la multitud congregada para aclamarle. A partir de 1946, el régimen utilizará, en momentos de crisis, este método que, en su opinión, le dotaría de una legitimidad directamente expresada por el pueblo. La plaza de Oriente llegaría a convertirse en el símbolo de una supuesta comunión entre el dictador y sus súbditos.

hecho con la vanguardia del progreso, con los últimos vestigios del pensamiento español. Esto es lo que han hecho con todos nosotros, todos esos puercos reunidos, demócratas y camisas azules. Esto es lo que han conseguido hacer de nosotros: COBARDES. ■ J.H.

(Versión castellana de José María Solé Mariño)